**DÍA DEL ENFERMO**

**Capilla del Seminario, 17 de Febrero de 2018**

***Acompañar a la familia en la enfermedad***

La visita de la Virgen María a su prima Isabel al enterarse por el ángel que estaba encinta y la necesitaba, nos ayuda a reflexionar sobre el lema que este año han elegido para celebrar la Jornada Mundial del enfermo: “Acompañar a la familia en la enfermedad”. María no dudó ni un momento en ponerse en camino para socorrer a Isabel. Dejó a su esposo José y, llevando a Jesús en su seno, salió de prisa hasta el pueblo y la casa de Isabel. María no sólo iba a saludarla y darle la enhorabuena por haber concebido un hijo a tan avanzada edad. María fue para quedarse con ella el tiempo que fuera necesario. Del texto evangélico quiero destacar dos acciones de María que nos pueden ayudar esta mañana para reflexionar sobre la pastoral de los enfermos y más en concreto sobre la ayuda que podemos prestar a los familiares de los enfermos. María se pone en camino “de prisa” y María “permaneció” con Isabel unos tres meses. Lo que motiva a la Virgen para realizar estas acciones es el amor. Un amor que va más allá del mero sentimiento espontáneo.

La caridad cristiana nos urge a salir de nosotros mismos y a ponernos en camino “de prisa” para socorrer a todos los que necesiten nuestra ayuda, de marea especial a los enfermos. La gravedad de la enfermedad nos urge a poner los remedios necesarios y a dar las soluciones oportunas para poder salvar la vida de las personas o paliar sus dolores. La enfermedad no sólo afecta al enfermo, también afecta a los de su entorno porque el enfermo es el ser humano más desvalido que requiere una dedicación exclusiva. Afecta a los profesionales médicos y personal sanitario, afecta a la familia, afecta a los sacerdotes y a la comunidad cristiana.

Los profesionales sanitarios cristianos deben tener como María esta actitud de disponibilidad permanente para acudir allí donde sea necesaria su presencia. Un médico o una enfermera o enfermero cristiano nunca deben caer en lo más triste del funcionariado que es hacer las cosas para pasar. Recuerdo cuando era niño a mi médico de cabecera que se desvivía por sus enfermos y los visitaba con frecuencia. No tenía pereza para desplazarse a los pueblos con las precarias comunicaciones que teníamos entonces. No sólo atendía a los enfermos, también a sus familias. Se desvivía por ayudar a la familia del enfermo facilitándoles las cosas y contribuyendo así a superar la crisis familiar que siempre supone la enfermedad de uno de sus miembros.

Las familias son los primeros acompañantes de los enfermos. Personalmente he tenido la satisfacción de comprobarlo durante la enfermedad de mi madre. Toda mi familia se volcó en ayudarnos a mi padre ya mí a estar permanentemente con mi madre que nos necesitaba tanto cuando estaba en el hospital como cuando estaba en casa. Nunca agradeceré lo suficiente a mis parientes su disponibilidad, su cariño y cercanía. Todos sabemos que las enfermedades, particularmente, las enfermedades crónicas, exigen una dedicación y una atención personal casi las veinticuatro horas del día. Es entonces cuando entran en escena para acompañar al enfermo y a su familia, los amigos, las personas cercanas que generosamente se ofrecen para estar a su lado. Este es el momento también del voluntariado de atención a los enfermos que toda comunidad cristiana significativa debe tener organizado permanentemente.

La presencia de los sacerdotes en el acompañamiento a los enfermos, sobre todo si son cristianos es muy importante y necesaria. No es una cosa menor o que pude dejar de lado. Cristo sufriente nos espera para que lo consolemos y acompañemos. El Código de Derecho Canónico establece en el canon 529 que: “Para cumplir diligentemente su función pastoral, procure el párroco conocer a los fieles que se encomiendan; para ello visitará las familias, participando de modo particular en las preocupaciones, angustias y dolores… Ha de ayudar con pródiga caridad a los enfermos, especialmente a los moribundos, fortaleciéndolos solícitamente con la administración de los sacramentos y encomendando su alma a Dios” (c. 529 §1). La atención a las familias de los enfermos es el mejor instrumento de evangelización que podemos tener en el momento presente.

El acompañamiento cristiano al enfermo y a su familia no es una cosa optativa sino obligatoria. Surge de lo más profundo de nuestra fe en Cristo que sufrió por nosotros y fue consolado en su Pasión por la presencia de su Madre, del discípulo amado y de las mujeres de Jerusalén. Fijémonos en san Juan el discípulo amado. Él acompañó la soledad de María al pie de la cruz junto con María Magdalena, María la de Cleofás y la otra María. ¡Cuánto consuelo tuvo que experimentar la Virgen su compañía en aquellos momentos de dolor y sufrimiento!

Nuestro reto es cómo transmitir esta actitud a las generaciones más jóvenes en un ambiente social y cultural que impulsa el individualismo y desprecia todo compromiso fuerte. No es fácil; pero no es imposible. Sé que en nuestra diócesis se están dando pasos en este sentido con jóvenes que se comprometen como voluntarios a acompañar los enfermos y ancianos para compartir con ellos la vida. Me alegra mucho que avancemos también en la integración y coordinación de todos los grupos, asociaciones y comunidades religiosas que trabajáis con los enfermos y ancianos en la Delegación de Pastoral de la salud y atención a los ancianos. Estoy seguro que de esta unión obtendremos un fortalecimiento de este aspecto de la pastoral tan identificado con las preferencias de Jesús.

Pidamos a la Virgen María bajo la advocación de Lourdes que nos ayude a tener siempre prisa para acompañar al enfermo y ayudar a su familia y que nunca tengamos prisa para marcharnos de la cabecera de la cama del enfermo cuando nos necesite.

† Juan Antonio, obispo de Astorga